

HOMILIA DE SAN ANTONIO MARIA CLARET

(24 DE OCTUBRE DE 1992)

(DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO)

Ecl. 35,15b-17. 20-22a

2ª Tim. 4,6-8.16-18

Lc. 18,9-14.

Queridos amigos sinodales:

Por una feliz coincidencia, celebramos la festividad de San Antonio María Claret, co-patrono de la Diócesis, dentro de una sesión de nuestro Sínodo Diocesano. Y lo celebramos aquí, en el Colegio Claret de Tamaraceite, en un lugar claretiano por excelencia, un lugar donde una comunidad de continuadores del carisma de San Antonio María, nos ha acogido con todo cariño, con total disponibilidad, ofreciéndonos no sólo unas instalaciones, sino una hospitalidad total y servicial, llena de delicadezas y llena de fraternidad. Una vez más todos los que participamos en el Sínodo, la Diócesis misma, les damos las gracias de todo corazón y les expresamos nuestro cariño y nuestra admiración cristiana por el servicio evangelizador que realizan, tantas veces entre cansancios e incomprendimientos, en un sector nada fácil de nuestra Iglesia, de nuestra sociedad y de nuestra pastoral.

Todos recordamos hoy sin duda, lo que el Padrito, San Antonio María Claret, supo hacer en nuestra Diócesis en un momento histórico nada fácil, en un momento en el que un liberalismo anticlerical amenazaba la fe de los cristianos, intentando encerrar la Iglesia en las sacristías; en un momento en el que en nuestra Diócesis el jansenismo enturbiaba la misión de la Iglesia e infectada de doctrinas extrañas el ministerio de los sacerdotes. Todos

recordamos con agradecimiento a Dios y agradecimiento a Antonio María Claret, su entrega a nuestra gente de entonces, a los más débiles y pobres, a nuestro clero de aquella época; recordamos con agradecimiento a Dios su acción incansable evangelizando, proclamando la Buena Noticia, reconduciendo la vida cristiana, impulsando la vida de piedad, la participación en la Eucaristía y en los Sacramentos, la devoción a María (particularmente a la Virgen del Pino), y enseñando el respeto a la moral cristiana desbordada por los rigorismos jansenistas y por las permisividades liberales.

Nuestro Sínodo, el Sínodo que ya está a punto de concluir, este Sínodo que es sin duda —porque es una tarea de la Iglesia de Jesús— fruto del Espíritu; este Sínodo, en el que si lo contemplamos con ojos cristianos, podemos descubrir la inmensa ayuda que Dios nos ha ofrecido, que el Espíritu nos ha concedido, el inmenso amor con que Dios nos ha cuidado y conducido; este Sínodo que ha hecho aflorar en todos nosotros un gran amor mutuo, la superación de lejanías e incomprendiones, un gran amor al Padre, al Señor, a su Espíritu, a la Iglesia, a su Misión Pastoral, a la Virgen María, Madre del Señor y madre nuestra, a la oración y al compromiso, al seguimiento de Jesús, a la Eucaristía y a los Sacramentos, a los sacerdotes, a los laicos y a los consagrados, a los alejados y a todo nuestro pueblo (ricos y pobres); este Sínodo en el que hemos podido descubrir tantas riquezas ocultas que Dios ha concedido a nuestra Iglesia y, entre ellas, nuestro amor cristiano, evangélico, preferencial, por los pobres y los desgraciados, por los pecadores mal vistos y por los marginados, al estilo de la Virgen María la que proclamó el “Magnificat”, este Sínodo representa sin duda un camino de continuidad de la acción evangelizadora que desarrolló entre nosotros San Antonio María Claret.

Por eso mismo, hoy, en esta Eucaristía, lo seguimos poniendo en sus manos para que él siga intercediendo por el Sínodo y por nuestra Diócesis de Canarias. Lo seguimos poniendo en manos de María, Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, a la que tanto amó San Antonio María Claret y a la que tanto deseamos amar nosotros. Lo seguimos poniendo de un modo especial en manos del Señor, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, para que no se quede en papel mojado y constituya, en su aplicación, tiempo de gracia y salvación para todos los que vivimos en Canarias, creyentes y no creyentes, ricos y pobres, para que todos descubran la Buena Noticia de la bienaventuranza y la fuerza liberadora del amor de Dios, para que todos descubramos, con un corazón humilde, que sólo del Señor podemos recibir la luz de una esperanza que el mundo jamás podrá ofrecer como liberación de la injusticia, del pecado y de la muerte, que es voluntad de Dios, del que proclamamos con María su

grandeza, ofrecernos su misericordia, derriba del trono a los poderosos y levanta a los humildes.

Hemos escuchado los textos de la Misa del Domingo, textos que debemos interiorizar para que nuestros corazones, tantas veces de piedra, se conviertan en corazones de carne; textos que nos pueden ayudar, sin duda, a alcanzar unas actitudes evangélicas que nos permitirán a todos convertir en vida lo que, entre todos, hemos elaborado como texto sinodal.

Hemos hablado, en nuestro diálogo sinodal, de horizontalismo y verticalismo. Para Dios no hay dimensiones. No hay tampoco tiempo. Pero hay preferencias aunque no haya exclusivismos.

Precisamente porque Dios es justo, no puede ser parcial, precisamente por ello, “no es parcial contra el pobre, escucha las súplicas del oprimido, no desoye los gritos del huérfano o de la viuda” como hace tantas veces nuestra sociedad. Precisamente porque no puede ser parcial, las penas de los pobres consiguen su favor y su grito alcanza a Dios. Y Dios las atiende y Dios, justo juez, les hace justicia. Por eso los pobres nos pueden evangelizar y nos evangelizan, como nos está diciendo continuamente Juan Pablo II.

Dios es incorruptible, no acepta sacrificios u oraciones en favor de la injusticia, no tiene acepción de personas (Rom. 2,11). Si Dios manifiesta una preferencia es precisamente por los más débiles y necesitados (Cf. Dt. 15,9; Sam. 9,10; Prov. 17,15). Estaba anunciado como rasgo del Mesías el anuncio de la Buena Nueva a los pobres (Is. 61,1) y se cumplió plenamente en la persona de Nuestro Señor Jesucristo, el Ungido del Espíritu, que lo aduce, además, como signo de su venida, de la venida del Mesías (Cf. Mt. 11,5; Lc. 8,19). El mismo quiso nacer de una familia pobre. Los pobres son evangelizados y llamados dichosos en la nueva economía (Lc. 6,10); ellos forman la primitiva Iglesia (Sant. 2,5) y constituyen una gran parte de nuestra Iglesia en contra de tanto tópico y de tanta visión superficial de nuestra Iglesia. El Señor consuela a los humildes y les ofrece su gracia (2 Cor. 7,6; Sant. 4,6), escucha la oración de los pobres, sus gemidos (Gal. 11,6) y justifica al que reza con humildad. Y él quiere que su Iglesia, nosotros, sigamos sus mismos pasos como nos indica el anuncio profético del juicio final (Mt. 25).

El Salmo 33 nos lo repite. Frente a la injusticia humana que explota al pobre, Dios se constituye en juez de apelación en favor del oprimido. Es un Mensaje alegre de la Palabra de Dios, es Buena Noticia o Evangelio: que los humildes lo escuchen y se alegren. Y aprendan (que les enseñemos) a gritar

a Dios todos los que tienen sed de justicia, o porque sufren ellos la injusticia, o porque la sufren sus hermanos. Cristo se ha reservado el juicio definitivo, pero ya está actuando en la historia.

Pablo, anciano, en la cárcel, pobre, en espera de la sentencia de muerte, reflexiona sobre su vida. Su experiencia de Cristo termina en un fracaso desde una perspectiva humana... Parece que nadie lo ha entendido; en los tribunales, nadie sale en su defensa. Y Dios parece estar en silencio, parece callar.

También nosotros, como Iglesia, debemos pensar cuantas veces nos ocurre lo mismo dentro de una sociedad secularizada, conflictiva, tantas veces anticlerical y hasta anticristiana.

Pero Pablo (y nosotros debemos hacer lo mismo) vive en profundidad las exigencias del misterio de la cruz, las exigencias del programa de todo pobre de Yavéh. Ya dijo Dios de él: "yo le mostraré todo lo que tendrá que padecer por mi nombre" (Hech. 9,16). Pero su fe ha sido fuerte y firme, sólidamente cimentada (Col. 1,23), operativa y constante. Como debe ser la nuestra. Ha competido por Cristo y ha sido fiel hasta la meta. Su esperanza, firme e incommovible (Col. 1,23), le lleva a la certeza de la recompensa en Cristo. Y no sólo a él, sino a todos nosotros, los que por la causa de Jesús, intentamos entregar nuestras energías y nuestra vida por el hermano, prolongando en el mundo, en el tiempo y en la historia, el amor liberador de Cristo. Como a Pablo, tampoco a nosotros nos deben importar los desamparos y los desprecios humanos. Estamos obligados a no odiar y a perdonar (Mt. 18,22). Pero hay uno, Cristo-Jesús, el Señor, que está siempre con nosotros, que nos asiste y es nuestra fuerza para ser colaboradores de Dios (1 Cor. 3,9) a través de nuestra autenticidad de vida.

La parábola que hemos escuchado en el Evangelio debiera ser algo así como "la consigna" de nuestro Sínodo. Siempre nos acecha el peligro de confundir la piedad auténtica con la falsa, cuando oramos o cuando actuamos. Y el Señor nos advierte de ese gran y real peligro.

Los protagonistas de la parábola responden a tipos perfectamente conocidos de la sociedad israelita de entonces y, también, (no caigamos en la tentación de no verlo) de tipos perfectamente conocidos de nuestra Iglesia.

El uno da gracias a Dios porque todo lo ha hecho bien. Y no dice el Evangelio que mienta. El otro sólo sabe pedir perdón por sus pecados. Y no dice el Evangelio que mienta.

Pero la acción de gracias del primero es en realidad un pretexto para alabarse y complacerse de sí mismo por la limpieza de todo pecado y por el mérito de las buenas obras, que sin duda las hacía y por las que se creía justificado y por las que, según pensaba, podría exigir a Dios la recompensa. No pensaba que sólo Dios es santo y que todos los hombres somos pecadores, que nadie es santo ante Dios, que hasta el justo peca innumerables veces al día.

El publicano, por el contrario, sólo tiene conciencia de su culpa, de sus pecados, que eran, sin duda, muy reales. No se gloriaba de nada ante Dios, ni se comparaba con nadie. Se sentía pecador (Cf. Rom. 3,9.19.23) y lo era.

Y es que, como decía Pascal, los hombres se dividen en dos: los que siendo pecadores se sienten santos y perfectos y los que siendo santos se sienten y saben pecadores. Los primeros siempre estarán lejos de Dios. Los segundos siempre alcanzarán misericordia. Y tanto los primeros como los segundos pueden acentuar en sus vidas el “horizontalismo” o el “verticalismo”...

El juicio de Dios resulta enteramente opuesto a las previsiones del fariseo (Cf. Is. 54, 8.9), enteramente contrario a la lógica habitual de los hombres que se consideran, buenos y “religiosos”. El único justificado es el que no ha pensado ni tan siquiera en alegar título alguno de justicia (Cf. Mt. 23,13; Lc. 14,11). El que era bueno o se creía bueno, no recibe la justificación de Dios. El que se había pecador, recibe la justificación de Dios.

Todo el que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido. También estas palabras del Señor podrán servir de consigna a nuestro Sínodo. Que nadie se enaltezca pensando que conoce todo el misterio de Dios y que él es mejor que los demás. Que todos se humillen sirviendo a los demás, ayudando a los demás, sintiéndose pequeños y pecadores, confiando sólo en Dios y no juzgando a nadie.

En esta Eucaristía debemos pedir al Señor, por intercesión de María y por intercesión de San Antonio María Claret, que todos los cristianos de nuestra Diócesis y particularmente los que hemos trabajado más directamente en nuestro Sínodo, no caigamos en la tentación de ponernos en el centro de la Iglesia y dar gracias a Dios porque no hemos sido como los demás y porque hemos hecho cosas buenas, frente a “los desgraciados” que siguen pecando fuera... Debemos pedir al Señor una gran humildad y, contemplando nuestro Sínodo, no olvidar que es un regalo suyo, que es obra del Espíritu, de muchísimos cristianos que han rezado, que han ofrecido sus sufrimientos, que son tan humildes que no han aportado nada, que se sienten pecadores... Debemos pedir al Señor, con

una gran humildad y recordando lo que somos, que tenga compasión de estos pecadores, de todos nosotros, de todos los que a pesar de nuestras limitaciones, hemos sido ayudados por El para ofrecer a nuestra Iglesia un instrumento de renovación evangélica y evangelizadora, para bien de todos los que, en Canarias, en nuestra Diócesis, ríen y lloran, esperan y se angustian, esperando, tantas veces sin saberlo, la Buena Noticia del Señor.

Que el Señor-Jesús les bendiga a todos.